

VIRTUDES SOCIALES

Para que existan la armonía y la unión entre los miembros de una familia, es necesario que sean un hecho la tolerancia de los defectos, el respeto al derecho ajeno, el cumplimiento exacto de nuestros deberes sociales y el que se evite la práctica de todo aquello que divida o predisponga los ánimos de quienes han de convivir por largo tiempo.

El cariño que todo lo perdona y que, cuanto más puro y firme, más se afana en buscar el mutuo agrado de los elementos que armoniza y que une, hace viable la realización de lo que parece más difícil y casi imposible.

Si de otro modo sucediera, cada hogar semejaría un campo de batalla cuyos contrincantes estuvieran dispuestos siempre a romper el fuego por el más leve motivo. Hogares de la tal naturaleza serían un infierno: nunca jamás el hogar ideal que debe ser mansión de dulce paz y de inefable dicha.

No se necesita grande esfuerzo para encontrar modelos de tales hogares que muestren la triste evidencia de lo afirmado.

De ellos sólo resta decir que tan imposible como su vida, serían el progreso y el bienestar a que aspira toda familia para cumplir fielmente su misión sobre la tierra. Progreso y bienestar capaces de trascender a la sociedad civil y hasta la Patria.

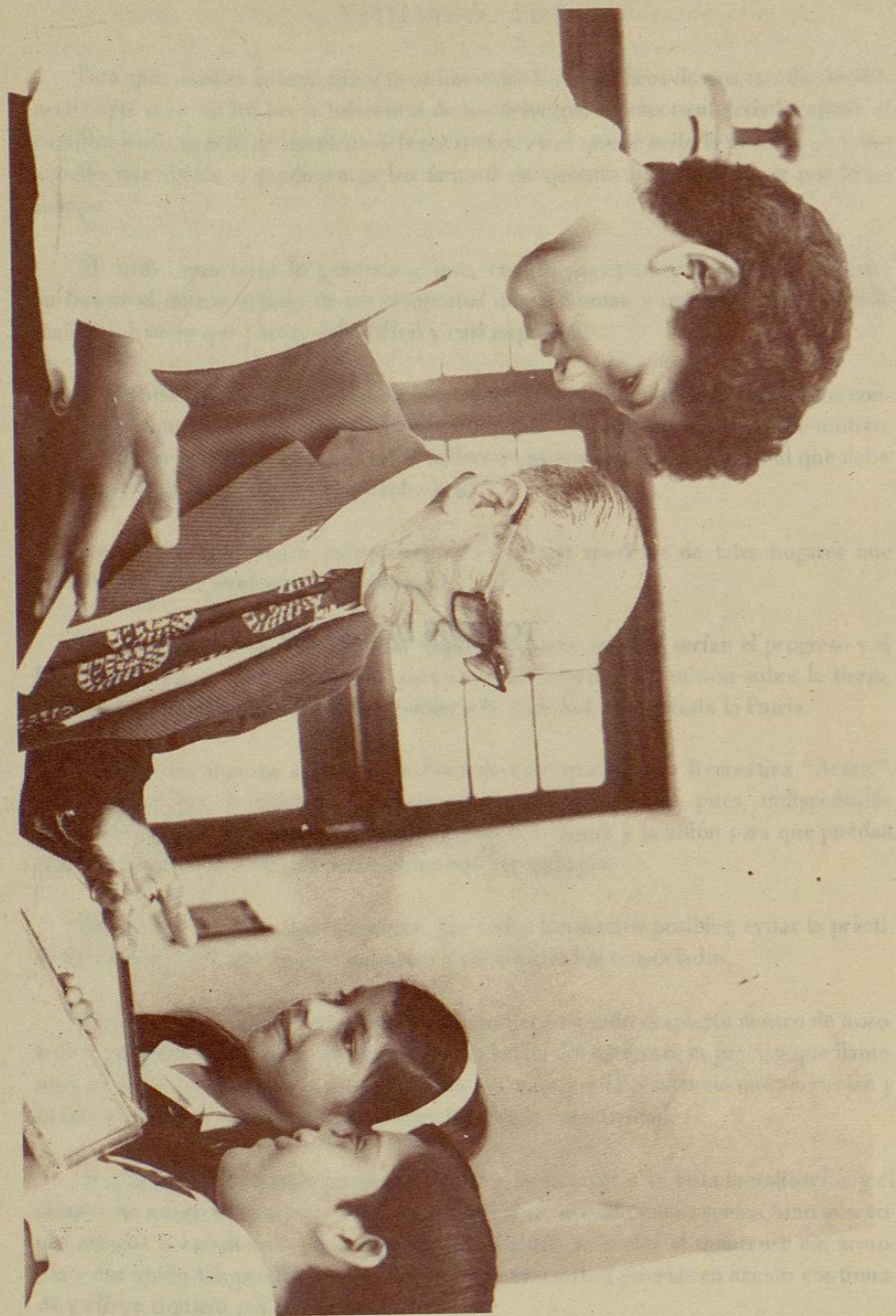
No de otra manera acontece en Sociedades como nuestra Recreativa "Acero", cuyos caracteres de existencia semejan una gran familia. Es, pues, indispensable que entre los miembros que la forman, existan la armonía y la unión para que puedan alcanzarse los fines o ideales perseguidos con sus trabajos.

Razón hay de sobra para procurar, por todos los medios posibles, evitar la práctica de todo aquello que origine disgustos y riñas entre los coasociados.

Mas como no somos perfectos, y de cuando en cuando despierta dentro de nosotros y pretende sacar su destructora mano la bestia del egoísmo, es preciso que llamemos en auxilio de los intereses comunes a la razón y a la prudencia que aconsejan y exigen el sacrificio del amor propio para bien de la colectividad.

Si a la hora de nuestra conductauviésemos siempre a la vista la indicación y el alcance de nuestros deberes y de nuestros derechos, no sólo como socios, sino aún como amigos o caballeros, poco esfuerzo nos habría de costar el mantener esa armonía y esa unión tan predicados por todos; pero casi nunca puestas en acción continuada y eficaz siquiera por unos cuantos.

TOPICOS DE LUCAS



TOPICOS DE MORAL Y URBANIDAD
MAYO DE 1927

Un amigo mío que asistió al Festival Patriótico de las Escuelas Normales, me contaba ayer un hecho que reproduzco aquí para ejemplo de mis lectores.

A la hora en que el C. Gobernador izaba la Bandera tocaron los tambores y los clarines, y una banda militar y mil voces de alumnos, entonaron con entusiasmo religioso el Himno de la Patria.

Todos los concurrentes, al presenciar escena tan emocionante, permanecieron con tal devoción y tal recogimiento que en aquel momento solemne parecía bajar del cielo un Dios y hablar a sus corazones.

Mas no creáis que ese cuadro careció de lunares discordantes, cuya existencia viene a demostrar la incultura de individuos que no merecen el honroso título de mexicanos.

Queriendo observar si todos los que asistían a tan hermosa ceremonia, estaban poseídos de la emoción que embargaba mi alma, puede ver a muchos en igual estado de ánimo; pero no faltaron algunos niños mal parados y con el sombrero bien puesto; algunos hombres del pueblo sentados en la banquetta y otros de la llamada clase media, también sin descubrirse.

¿Es posible, —clamé yo,— que esa gente no haya recibido en la escuela enseñanza de urbanidad y de patriotismo?

¿Acaso el Himno y la Bandera no les mueve a respeto y adoración?

Así estaba protestando por la conducta de esos malos mexicanos, cuando tropezaron mis ojos con un individuo que todos conocemos por loco, que donde quiera anda hablando tonterías, y de veras está demente.

Pues bien; ese ciudadano estaba en posición de firmes, la cabeza gallardamente erguida; los ojos fijos en la Bandera, en una mano el sombrero, y con la otra levantada en ademán de saludo, tan silencioso como una estatua, y de sus ojos brotaban lágrimas que él no se cuidaba de enjugar.

¿Lo qué es el amor cuando es sincero y fuerte!. Ante la presencia del símbolo sagrado de la Madre Patria, ese loco volvió a la razón.

Terminado el programa de la ceremonia, cayó de nuevo en el eterno tema de su manía, y le oímos clamar: ¡Arriba la Bandera, arriba el Gobernador, arriba los maestros, arriba los soldados, arriba todos los mexicanos!

Y yo,—dice mi amigo,—me retiré de ahí pensando: ¿Por qué un loco sabe más urbanidad y siente más fervor patriótico que aquellos niños y aquellos hombres cuerdos?

¡Misterios de la vida humana!

¡Feliz loco que siquiera conserva la virtud altísima del patriotismo!

¡Pobre patria con hijos cuerdos; pero que no la comprenden ni la aman!

SOBRE LOS NOVIOS DE AYER Y LOS DE HOY

AGOSTO DE 1927

¿Has visto, carísimo lector, cómo un pollito apenas salido del cascarón, busca, ávidamente en el suelo, con qué alimentarse?

Al paso que vamos, así tendrá que suceder con todo ser humano. Apenas nacido, buscará ávidamente por cielos y tierra, una novia que le hace tanta falta, como a los polluelos el alimento.

Te veo reír y esto no me agrada, porque pienso que tal vez calificas de broma lo que yo digo con seriedad de filósofo.

En mi tiempo,—y conste que Lucas no es ni tan viejo ni tan joven,—las agencias de la novia comenzaban entre los 12 y los 15 años, y costaban tanto trabajo que, por tal de no estar sufriendo, se apresuraba uno a casarse. ¡Oh qué tiempos aquellos! ¡Qué costumbres tan limitadas!—Cuando alguna chica nos llenaba el ojo, nos conformábamos con suspirarle de lejos. Tenía uno que ir a misa o al culto, que conformarse con alguna miradita, y en ocasiones hasta con verla pasar siquiera a diez metros de distancia.

¿Con qué trabajos hacíamos llegar una carta amorosa!

Me acuerdo de cierta vez en que yo intenté hacer llegar una.

Por cierta señal que nos hicimos ella y yo, me pareció que habíamos convenido en la entrega de la tal misiva.

Pasó un muchacho y por un real lo comprometí a llevársela (“Al angel que yo adoraba”), así decía el sobrecito. Le encomendé que la entregara a la primera persona que abriera la puerta, pues casi estaba seguro de que ella, en persona, saldría a recibirla.

¿Quién creen Uds. que fué abriendo la puerta?

Nada menos que mi candidato a suegro. ¡Y el bárbaro del mensajero se la entregó...!

Yo estaba en la esquina y pude verlo cuando abrió el sobre, sacó las antiparras y comenzó a deletrear mi declaración amorosa. Gesticulaba tanto el ingrato que alguien hubiera pensado, o que había tomado una purga de sal de higuera, o que tenía un parche de mostasa en el estómago.

Luego se dirigió a la esquina. Y comencé a rezar una pelgaria a la V. del Roble y a temblar de pies a cabeza. Me preguntó si era mía aquella cartita, y le contesté afirmativamente.

Luego me hizo la segunda: ¿Qué desea Ud. con eso?. Aquí se me anudó la garganta y tartamudeando, le expliqué que nada. Por fin a la tercera me dió el mate, diciéndome: Le recomiendo que, por ningún motivo, vuelva a pararse en esta esquina, y le ruego que jamás se permita escribirle necedades a mi hija.

Tiré un suspiro, dí media vuelta y me alejé de aquel lugar, dando gracias al cielo que todo lo había arreglado satisfactoriamente, pues en realidad fué cuestión de palabras amistosas.

Hoy las cosas pasan de muy diferente modo.

Las costumbres han entrado en un firme período de civilización. Se ha dado un gran paso. El progreso es tan notable, que los que vivieron hace medio siglo, se hacen cruces, y los de mi época nos quedamos con la boca muy abierta.

¡Qué diferencia entre los novios siempre bisoños y afrasados de aquel tiempo, y los listos y avanzados de ahora!.

Hoy las primeras letras aprendidas en la Escuela son para gorjear el amor.

Hoy, como dice una comadre mía: cada quien con su cada cual.

¿Visita Ud. una plaza? Ahí están dos tortolitos acurrucados uno muy junto del otro, aunque sea mes de estío.

¡Oh qué cuadros tan encantadores nos obsequian las pantomimas del amor.

¡Qué dieran nuestros abuelos por haberse deleitado en su contemplación!

En los cines,—con excepción del de nosotros,— ¡Oh en los cines! Ahí se refugian todos los sedientos de ilusiones, porque todo es ahí música, amor y alegría.

De aquellos bailes a boca cerrada y a dos varas de distancia, ni el recuerdo queda.

Hoy ¡qué felicidad! se habla hasta por los codos y los corazones se dicen al oído dulcísimas frases de amor.

Cada bailecito es almáciga de noviazgos.

Ayer intervenían los padres para regañarnos, porque mirábamos de lejos a la novia. Hoy, para dicha de todo novio, los padres tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, tienen lengua y no habla, etc. etc., etc.

¿A dónde iremos a parar? me decía una tía ochenteña que yo tengo?.

Indudablemente,—le repliqué yo,—que ha de llegar un día en que nazcamos casados por obra y gracia de la divina Providencia, que gusta de allanar dificultades y perfeccionar las cosas. Lucas, sinceramente, prefiere las costumbres de su tiempo.

Entonces, la primera preocupación después de aprender a leer, escribir y contar, era la de enseñarse a trabajar. A las muchachas se las veía y observaba de lejos. Cuando gustaba alguna, el interesado en cuerpo y alma se consagraba a juntar dinero para el casamiento.

Luego se comisionaba a personas respetables para pedir la mano: Y sin más rodeos que unas cuantas visitas, se presentaban y se casaban, y el asunto quedaba arreglado en tanto que canta un gallo o cacarea una gallina, animales que menos tiempo gastan para el arreglo de todos sus asuntos.

Ventajas: asunto de tal trascendencia resultaba arreglado con todas las formalidades necesarias.

La pasión no alcanzaba a enloquecer y a cegar a los novios. No se hacían en público papeles ridículos y poco decorosos. Se respetaba a los padres. Se trabajaba con el ánimo quieto y no se gastaba el dinero en paseos y obsequios frecuentes que impiden la pronta realización del matrimonio.

Lucas es enemigo de los extremos. Ni lo que hacían nuestros abuelos; ni lo que vemos hacer hoy.

Creo que debemos buscar un término medio para que se vea que aún amamos el orden y la estética, prendas que están de acuerdo con la categoría que corresponde al ser racional.

Más como yo no quiero que nadie se disguste conmigo, y a cada quien su gusto lo engorda; y cada cabeza es un mundo; y el que nace lechón muere cochino; y etc. etc., prefiero que la civilización y el progreso sigan imperturbables su camino, mientras el cielo tiene piedad de nosotros y mal rayo nos parte. . . .

SOBRE CIERTOS MARIDOS

De los asuntos que, como Lucas, he venido tratando, ninguno tan espinoso como este donde voy poniendo la mano con tal temblor, que no faltará quien me juzgue enfermo del famoso mal de San Vito.

No es para menos la suposición de que alguien fuera poniéndose el saco y le supiera tan bien como a Hércules aquella célebre túnica de Deyanira, y tratara por este motivo, de fastidiar a quien no ha cometido ni cometerá más delito que decir la verdad desnuda y fea cuando así lo es.

En fin, todo hombre como yo, resuelto a morir en aras del deber; no pone reparo en lanzarse a la lucha y afrontar cuanto peligro venga, seguro de que, puesto a correr, no ha de existir marido que dé alcance a Lucas, quien, en competencia con venados, liebres y caballos árabes, cree y espera, fundadamente, ocupar el primer lugar de corredor.

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que el marido y la mujer andaban en amorosa y constante compañía, ni más ni menos que como dos hermosos y fieles palomitos!

Los ayuntaban el Cura o el Pastor y eran todo el uno para todo el otro, porque el marido solamente amaba a su mujer y la mujer exclusivamente amaba a su marido; y todo esto sucedía desde el Alfa hasta el Omega de su vida conyugal.

Entonces todo caminaba como el tren por sus dos rieles: ambos esposos comían, se divertían, rezaban, platicaban y acordaban los asuntos del hogar en santa paz y en dulzura que envidiarían hasta los tiempos patriarcales.

Los hijos recibían por igual las caricias y los cuidados de padres que se consagraban por entero a trabajar para la dicha de la familia.

¡Oh suspirados tiempos que, como las golondrinas de Bequer, se alejaron para nunca jamás volver!

Hoy todo va cambiando al impulso de no sé qué vientos y al vigoroso empuje maléfico de no sé qué manos diabólicas.

Pasadas las ceremonias del casamiento: cuando termina la fiesta; cuando ya salen de la fotografía; cuando, a los ocho días la luna de miel va acibarándose, y pasa tan rápida como el encanto de un crepúsculo otoñal, ella, la esposa, comienza a que-

darse en su casita, antes tan linda, bonita y alegre como nido nuevo y, ¡oh suerte cruel! saborea las primeras amarguras de la ausencia.

El marido urde frecuentemente negocios para salir con sus amigos de paseo y no hay fuerza capaz de detenerlo.

¡Todo se resfría y agripa sin que haya médico ni medicinas que lo curen!

Y si ésto acontece a los cuantos meses, a los pocos años qué sucederá?

Transcurrido diez o veinte años, la esposa apenas llega a ser una mujer que cuida de la casa ("mi señora"), como donosamente llaman muchos a su esposa, frase que, con propiedad, según el escritor Fentanes, significa, simplemente, "ama de la casa", "la primera de las criadas".

Ella tiene que buscar alguna amiga que la acompañe en sus paseos; pues el esposo, como los pájaros, anda de jardín en jardín y de rama en rama, olvidado de lo que posee nido y encantado de tener alas de inquieto picaflor.

El dá dinero para comida, vestidos y renta. El come, si es que viene a la casa, y viste ropa limpia. El paga la educación de sus hijos con quienes apenas si platica alguna vez y, colorín colorado.

Que falta amor que junte y caliente los corazones; que faltan cuidados que lo manifiesten? Esas son costumbres araciacas; eso quedaba bien en tiempos de Adán y de Eva, quienes tenían que estar juntos porque no había más. Hoy la humanidad es tan numerosa, sus caprichos (moda) son tan imperiosos. . . .

¡Quién sería capaz de pensar en ese triste anochecer de la vida conyugal, cuando de novios nos perseguimos tanto, con tal frenesí, que hasta llegó a parecernos que uno sin el otro no podríamos respirar ni vivir?

Más ¡oh sarcasmos del destino! apenas hemos estado juntos un poco de tiempo, cuando ya sentimos amor a la libertad y acudimos al primer llamado de los amigos de juerga.

Como en todas las ciencias y las artes humanas, hay hombres que llegan a medianos: otros, a superiores; y no pocos, a sobresalientes. Así clasificaremos a los maridos.

Los maridos medianos son los que de cuando en cuando echan una canita al aire.

Los superiores son los que son huéspedes en su casa y candiles de la calle.

Los sobresalientes son los que ya viven en la calle, en la cantina o en cualquier otra parte non santa.

Para estos tíos que, con la práctica, todos pueden llegar a sobresalientes, Lucas, que es compasivo con las mujeres y, justificaron con los hombres, piensa lo siguiente:

Inquirir el paradero de Deyanira, para consultarle que licor le puso a la túnica vengadora que obsequó a su Hércules infiel. Adquirido este feliz conocimiento, desde luego aconsejo a las mujeres que lo apliquen a sus maridos; si son medianos para que se la corten; si superiores, para que sepan lo que es amar a Dios en tierra extraña y si han llegado a sobresalientes, para que Júpiter premiando sus alcances, los coloque por allá muy lejos donde no hagan daño, en el cielo. De esta manera quienes profesamos amor a lo estudios astronómicos, tendremos el placer de contemplar una nueva estrella, o una hermosa constelación, en el cielo de la existencia humana.

LOS MARIDOS SE DEFIENDEN OCTUBRE DE 1927

Son tantas las felicitaciones femeninas que he recibido por mi artículo "Sobre ciertos maridos", que, la verdad, no me siento con apetito de publicar lo que algunos esposos, en justa defensa, con legítimo desahogo, se han atrevido a decirme, acerca de lo que pudiera, a mi juicio, haber sido secreto piadosamente guardado por corazones masculinos.

Comprendo que todos han perdonádome lo que de ellos dije, con el compromiso moral de ver, también publicadas las razones que los defienden.

Contra mi voluntad y aguardando resultar tan ileso como en feliz suerte me tocara salir de la primera, paso, en esta otra ocasión, a cumplir una promesa ineludible.

Perdonad, mis carísimas y simpáticas lectoras, si por acaso llego a ofenderos con mis palabras, pues yo sinceramente hablando, siempre acato los mandatos de poetas, y por eso "ni con los pétalos de una rosa quiero tocar la mujer".

Y no es porque piense, como algunos maliciosos que esos pétalos pudieran convertirse, por obra y gracia de la venganza, en piedras heridoras, sino por una exquisita galantería de esas que recuerdan y reviven tiempos quijotescos.

Comprendo,—me decía cierto marido—, que en más de un 50% de ocasiones tiene razón en lo que lleva dicho sobre nuestra conducta; pero, o desconoce Ud. la vida, o le quita algo de lo que ya conoce, porque lo que es hoy, afirma cosas que no me atrevo a desmentir; más, al mismo tiempo, omite las causas, las razones que, en no pocas veces, tenemos para conducirnos de tan mala manera.

Señor D. Lucas, los hay que por gusto son "medianos" "superiores" y "sobresalientes" y de estos pienso y anhelo como Ud., que mal rayo los divida y los subdivida. Más hay otros que caen en esos grados, porque la fuerza de las circunstancias los precipita; yo le aseguro que ellos, de buena gana serían de los fieles palomitos cuya linda y encantadora figura nos describió Ud. de modo tan magistral.

Se dice,—continuó exponiendo,—que la mujer ha de ser alegría y ornato del hogar. Los primeros días de la miel que Ud. narra tan sabrosamente existe la tan amada alegría; pero luego le va sucediendo a ésta lo que al dulce jugo de las frutas, se agría, se fermenta y resultan las riñas por cualquier motivo, que no siempre puede ser causa o razón.